**Las pasiones: ¿edípicas?**

 ***Alberto Cabral***

 Para Steiner[1984], desde comienzos del siglo XX “el centro interpretativo y crítico de la cultura europea” se desplazó de *Antígona* a *Edipo*: y ubica el factor determinante de este giro en “la presión de las doctrinas freudianas”. Por provenir de un observador sutil de la cultura occidental, su juicio es un reconocimiento -extramuros- del lazo que anuda nuestra disciplina con la referencia edípica. Es un maridaje gravitante también en la comunidad analítica: para muchos colegas esta referencia es un *shibbolet* que acredita la pertenencia a la parroquia. Me propongo interrogar cuánto hay de tradición legitimante, cuánto de eficacia operativa y cuánto de neurosis residual en este anudamiento que sostenemos.

 Comencemos por descompletar el sintagma “referencia edípica”, que *hoy* dista de ser unívoco. El carácter multidialectal del psicoanálisis contemporáneo se conjuga en un abanico de versiones (kleinianas, lacanianas, kohutianas), cada una susceptible de deconstrucciones ulteriores. Los tres tiempos clásicos en que Lacan re-ordena el Edipo freudiano, no son plenamente subsumibles en elaboraciones ulteriores que lo llevan, como en el Seminario XVII, a ubicar el Edipo como “un sueño de Freud”. Seguramente los colegas kleinianos afrontan un desafío equivalente con la heterogeneidad de desarrollos postkleinianos.

 Mi impresión es que en sus distintas versiones el Edipo sigue constituyendo una referencia ordenadora de nuestra clínica. Esto es, contribuye a sostener una orientación de la escucha que hace a la especificidad de nuestra práctica, al permitirnos reconducir las quejas de los analizantes a esa Otra Escena donde se inscriben los fundamentos reprimidos que las determinan. Es el operador que nos permite recortar patrones repetitivos sobre el fondo de vicisitudes más o menos dramáticas que condimentan el material del analizante. Y que nos permite también vislumbrar *après coup* las razones de la eficacia de una interpretación en, por ejemplo, su aptitud para promover movimientos de desidentificación.

 Reconocemos entonces en el Edipo una piedra angular de nuestra práctica; pero ¿ésta resulta acaso plenamente reabsorbible en su trama? Mi impresión es que no… y que no hemos sopesado suficientemente las consecuencias de esta constatación. Tomemos como ejemplo la valiosa observación de Winnicott sobre el “odio justificado y objetivo”: intentaré hacerla resonar con otros desarrollos.

 Es una denominación sorprendente, con todas las características del oxímoron: ubica un rasgo de “objetividad” en un campo (las pasiones) ¡reducto tradicional de “lo subjetivo”! Recordemos que para Lacan el oxímoron es una forma retórica que, en la desesperación por nombrar un real (rebelde a los esfuerzos de apalabramiento) apela al recurso extremo de enlazar dos términos contradictorios (“odio” y “objetivo”) logrando un efecto de sentido que sugiere, fugazmente, la proeza de atrapar un indecible.

 Winnicott distingue este tipo de odio del odio contratransferencial clásico. Lo considera una “respuesta” del analista que, a diferencia del registro contratransferencial, no está sostenida en identificaciones reprimidas: no remite a rasgos de las imagos parentales. Desabonado de los *clichés* edípicos, este odio objetivo es un emergente *actual* que no testimonia el retorno neurótico de ningún odio fraterno o parricida. Winnicott nos transmite en sus términos el registro de una pasión que escapa al libreto edípico: constituye un acontecimiento novedoso (no una re-edición), con atributos que para Lacan circunscriben un real, ya sugeridos en el recurso al oxímoron.

 Convengamos en que no existen razones para limitar los alcances de esta rica observación a la figura del analista; tampoco para privarnos de extenderla a otras pasiones, como el amor.

 Es el camino que toma Lacan[1961], al sostener que “no sería siempre del inconciente que proviene la eficacia de un objeto sexual o de uno que suscita odio”. Lo hace para destacar el efecto de la “presencia real” del Otro, a la que ya había aludido en términos de su “ser verdadero”: formulación que entra en resonancia, también, con desarrollos de Winnicott. Se trata de ese plano del Otro que se abre a la novedad del encuentro cuando el *partenaire* puede descorrer el velo de sus fantasmas: cuando el acceso al objeto no está mediado por los propios *clichés* edípicos. Cortázar transmitió el registro intuitivo de los límites que la neurosis impone a este acceso en su Poema Interrogativo. Sus versos interpelan al lector en el punto justo en que sus fantasmas lo han dejado en falta con el objeto: “Has visto *verdaderamente*, has visto, has tocado *de verdad*, has tocado la cara de la mujer que tanto amas”.

 El campo de las pasiones es una incumbencia fuerte de la cura analítica. Delimitar en él una zona no reabsorbible en la trama edípica, recorta un aspecto no neurótico de la subjetividad e incide también en la forma de concebir la posición del analista. Conmueve una de las figuras clásicas con que intentamos aprehenderla: la del analista historizante. Y nos permite operar más advertidos de que *no-todo* es historizable en clave edípica al enfrentar las vertientes exacerbadas del amor de transferencia. Son instancias que convocan la presencia real del analista. Abiertas a la invención, hacen a la condición artesanal de nuestra práctica: requieren de un *savoir y faire* con la contingencia “sin prescindir del propio modo de ser”[Freud, 1910].

 Son también momentos de angustia en el analista, que tensan su aptitud para “permanecer profesionalmente comprometido sin sufrir una tensión excesiva”[Winnicott, 1960]. En el caso Bárbara, G.Gabbard evoca la “comodidad” que experimentaba en los pocos momentos en que lograba reconducir el frenesí enamorado de la paciente al vínculo con su padre. Es un buen indicador del rol defensivo que juega el refugio del analista en el recurso excluyente a la historización edípica, rehuyendo la “tensión excesiva” a la que se expondría en caso de implicar -en transferencia- su presencia real.

 “Creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más específicamente nuestra familia, que nos habla”. Esta observación de Lacan permite complejizar algunas aproximaciones secuenciales a su enseñanza. Contra lo que podría suponerse no corresponde a sus momentos iniciales de revalorización del Edipo freudiano: la formula en su conferencia sobre Joyce. Esto es, después de cuestionar los desarrollos freudianos y propios sobre el Edipo: al reducir, por ejemplo, toda la complejidad de su abordaje sobre el padre a la función del palo de piedra que impide al cocodrilo materno cerrar sus fauces sobre su producto.

 A la luz de esta formulación, podemos inferir que los (auto)cuestionamientos de Lacan no suponen un abandono *in toto* de la referencia edípica. Sí, seguramente, un llamado de atención ante las limitaciones que acarrea hacer de ella el eje excluyente de nuestra práctica. Por eso continúa así: “Somos hablados, y debido a esto hacemos, de las casualidades que nos empujan, algo tramado: la llamamos nuestro destino”.

 Somos hablados, entonces, por los Otros que nos determinan desde la Otra Escena edípica, sin que eso elimine la irrupción eficaz de casualidades que también nos empujan: su nombre freudiano es el trauma. Me interesa destacar la tendencia a reconvertir esas contingencias *en trama destinal*. Una tendencia no voluntaria: determinada por la potencia de las imagos edípicas del neurótico para reabsorber en sus series al ser verdadero del Otro. Recordemos el aserto freudiano: un vínculo amoroso se estabiliza cuando el hombre asume para la mujer la condición de hijo y la mujer para el hombre la condición de madre.

 Esta resonancia Winnicott-Lacan nos advierte que *no todo* es edípico en los amores y odios con que tropezamos en transferencia y en la vida cotidiana. Hace a los restos de nuestra condición neurótica, el empeño por leerlos en forma excluyente como eslabones de la trama destinal edípica que nos rige, sí.. pero no al punto de convertirnos en marionetas de su libreto.